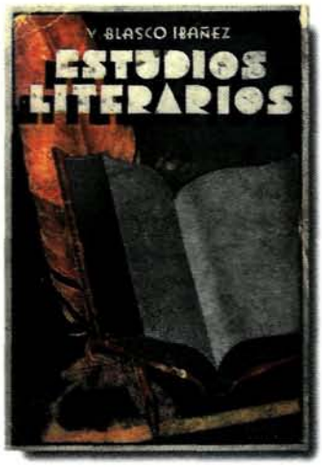
Vicente Blasco Ibáñez, un gigante marginado

Manuel Bas Carbonell



Concluido ya el Año Blasco Ibáñez, considero que el resultado obtenido de las diversas exposiciones organizadas, de las conferencias y mesas redondas celebradas, los escritos en catálogos, publicaciones, crónicas y artículos periodísticos, es totalmente favorable y positivo, con llamativos cambios de opinión en destacados discrepantes. Motivado todo ello por los rigurosos estudios efectuados sobre su biografía, resaltando defectos y virtudes, con rigor y seriedad, sin prejuicios ni tópicos, utilizando por primera vez una inédita documentación, especialmente epistolarios que hasta la fecha no habían visto la luz pública. El Año empezó con una muestra sobre la Valencia vivida por Blasco a caballo de dos siglos. La ciudad provinciana, agrícola y burguesa, de pequeños comerciantes y tenderos como sus propios padres. Ciudad que pronto se quedó estrecha y pequeña a un apasionado y tenaz inconformista. Un Blasco periodista, editor y director de su propio periódico *El Pueblo*, desde el que fustigaba a una sociedad

Manuel Bas Carbonell, bibliófilo, miembro del Consell Valencià de Cultura, ha sido el comisario del Año Blasco Ibáñez.

acomodada y aburguesada, que se estremecía cada día con los atrevidos artículos del joven revolucionario, así como sus primeras novelas, como *La araña negra* (1892) en la que combatía ferozmente a la Orden de Jesús. Tal vez para vengarse de su expulsión del Colegio religioso en el que cursaba estudios. Él mismo confiesa en los *Domadores del éxito, "En el colegio empecé a sentir con cierta fuerza la vocación de escribir. Aquellos escritos míos hicieron que en el colegio empezaran a mirarme con prevención. Entonces escribí algunas sátiras contra mis maestros, sátiras terribles porque tenían todo el atrevimiento de la inconsciencia y de la ignorancia. Acabaron por echarme de muy buena manera; pero ello fue que me echaron*".
Blasco, en esta primera época, se dedicó, como ha escrito el profesor Antonio Laguna, al periodismo combativo, el medio que le servirá para manifestar y defender sus ideales revolucionarios. A los diecisiete años, inicia un camino sin retorno, edita las revistas *El Turia y El Miguelete* y *La Bandera Federal* (1889-1894) para fundar después su propio periódico, *El Pueblo*, publicado hacia el final de la Guerra Civil, en 1939, a la vez que con su amigo, el antiguo librero Francisco Sempere, emprende el negocio de editor, fundando la editorial "Prometeo". Ni lo más sagrado fue respetado por un atrevido Blasco que ataca al trono, al clero, al gobierno y los militares, a la vez que defiende a las clases populares, que le admiran y siguen enfervorizadas sus artículos y mítines políticos que le acarrea destierros, cárcel, clausuras y exilios: "*He estado preso unas treinta veces*", decía Blasco. Puso a disposición de una causa que entendía noble y justa su tiempo, su dinero y hasta su vida. Todo en él era intenso. Un Blasco ambicioso y audaz apunta el modelo de periodismo agresivo y provocador que iba a marcar la vida de *El Pueblo*. Un periodismo que no conoce el descanso ni la derrota, desde el que fustiga duramente la nefasta política colonial de Ultramar con artículos como: "¿Que vayan todos: pobres y ricos!" "¿¡EI rey se divierte!?", "¡Esclavos de la miseria!" "¡Carne de pobre!" artículos que tantos quebraderos de cabeza le ocasionaron.
En el marco político tal vez encontramos al Blasco polémico y contradictorio. Defensor de los oprimidos desde una óptica burguesa, que no llega al socialismo, movimiento que no le perdonó que se atrajera a las clases populares como defensor de los Derechos Humanos y la República. Denunció el caciquismo en una época en que éste manejaba los resortes del poder, lo que le acarreó muchos odios y sinsabores.
Alcanzó seis veces el acta de diputado, la primera en 1898, como jefe del Partido Federal Republicano, siguiendo las ideas federalistas de Pi i Margall, hasta 1909, en que voluntariamente abandona la política cansado de los duros ataques de su antiguo socio Rodrigo Soriano, tras el artículo de éste "Revolucionario de entretiempo", que sirvió para que la oposición se mofase de Blasco, quien se vio obligado a abandonar las novelas valencianas para demostrar sus ideales revolucionarios. A este fin, hubo de adentrarse –al igual que Pío Baroja– en la novela social, publicando *La catedral, La horda, La bodega* y *El intruso*, que transcurren en Toledo, Madrid, Jerez y Bilbao, respectivamente, si bien en toda la obra de Blasco palpita la denuncia de las injusticias, como en *La barraca*, o de la corrupción, como en *Entre naranjos*.
Fue defensor apasionado de su maestro Émile Zola, para el que consiguió un manifiesto con 34.000 firmas, recogidas a la puerta del periódico *El Pueblo*, en apoyo de su artículo "J'Accuse", publicado en *L'Aurore*, en enero de 1898, con relación al proceso Dreyfus. En 1924, veintidós años después de la muerte de Émile Zola, Blasco presidía la peregrinación a Medan, donde reposaban sus restos. *Le Quotidien* trazaba un paralelismo entre ambos novelistas, condenados por sus respectivos países por el coraje y la valentía en la lucha contra la tiranía y el fanatismo.
Su simpatía por la nación gala le impulsó a traducir y publicar en la editorial Prometeo, las *Obras completas* de Voltaire y la *Historia de la Revolución Francesa*, de Michelet. Cuando murió Blasco cumpliendo su última voluntad, sólo la Gran Cruz de la Legión de Honor francesa presidió su féretro, en un entierro multitudinario en Mentón, entre salvas del ejército francés e italiano, que sólo fue superado con su traslado a Valencia, en 1933, cuando las armadas francesas y españolas trajeron su ataúd, a bordo del acorazado Jaime I, al puerto de Valencia, donde le esperaba el presidente, el gobierno en pleno de la República y las autoridades municipales.
Durante la Gran Guerra del Catorce, mientras la mayoría de los pertenecientes a la mal llamada Generación del 98, pierden una vez más el hilo de la historia, defendiendo posturas militaristas y germanófilas, Blasco Ibáñez apuesta fuerte por la democracia y los intereses proaliados de Francia y EE.UU.

Postura pro-aliada que le acarreó grandes enemistades en España, como pudo comprobar en el viaje de 1915. En Valencia le prohiben un banquete, en Madrid le acogen fríamente y en Barcelona, la guardia civil, por primera vez en su vida, le tiene que proteger del gentío. En cambio Azorín, Pío Baroja y tantos otros que tuvieron en su juventud un sarpullido revolucionario se van alineando hacia la dictadura y el fascismo, cuando no conviviendo con los gobiernos del momento, acomodados a la situación.

En 1925, Blasco Ibáñez, cuando sus días ya estaban contados por la diabetes y descansaba en su dorado retiro de la Costa Azul, no dudó un instante en aceptar el llamamiento de Unamuno, y abandonar Fontana Rosa para trasladarse a París y escribir los más inflamados panfletos contra la Monarquía de Alfonso XIII y la Dictadura del general Primo de Rivera, acaecida durante su periplo mundial que se llevó la promesa de nominarle para el Nobel de Literatura.

Publicó títulos como *España con honra, Alfonso XIII, desenmascarado, Por España y contra el Rey, Una Nación secuestrada, El Terror militarista en España y Lo que será la República Española*, este último verdadero testamento que después recogería la Constitución de la II República española. Artículos que en España representaron la represión de su familia y el encarcelamiento de su hijo Sigfrido, que fueron los que verdaderamente sufrieron sus panfletos políticos, de los que llevó a imprimir a sus expensas dos millones de ejemplares para lanzar desde un avión sobre las principales capitales de España. Tal vez de no haber muerto en 1928, Blasco Ibáñez hubiera sido el primer presidente de la República española.

Las críticas de sus compañeros que nunca pisaron las trincheras, le llegaron a Blasco justamente por ser consecuente con sus ideales. Su error fue el ir mucho más de lo esperado en un escritor de mesa y brasero. Sus coetáneos se lamentan de una España que no les gusta, pero son incapaces de tomar parte activa, mientras Blasco no se contentaba con denunciar en sus escritos la corrupción y la injusticia, sino que lo ponía en práctica, hasta hacer peligrar su vida y su fortuna, superando realmente con acciones directas la ficción de su producción literaria. En más de veinte duelos tuvo que defender

sus posturas. Blasco Ibáñez no fue escritor ni político por devoción, ni por aspiración, lo fue por necesidad vital. Era un comunicador nato, un divulgador de cultura, un difusor de su ideario republicano y democrático.

Como apunta Andrés Trapiello en *Los nietos del Cid*, cuando Blasco escribe *Cañas y Barro* (1902), ya es diputado a Cortes, cuando los demás compañeros de letras se debatían todavía en delicuescencias de orden literario, diarios de pequeños filósofos, dandismos y lirismos a lo Wordsworth. Blasco, que muy bien podía haberse quedado en Valencia como escritor burgués y localista junto a su familia, era diputado, tenía el palacete de la Malvarrosa, con una bien nutrida biblioteca, un periódico y una editorial, fama y amistades. En cambio su espíritu emprendedor y aventurero le lanzan a lejanos horizontes en busca de fama y dinero.

Blasco Ibáñez destacó rotundamente como novelista, poseedor de unas gigantescas dotes para la narración y la descripción, así como de una imaginación pródiga y fogosa. Su obra padeció fuerzas diametralmente opuestas, mientras el público de todo el mundo devoraba ávidamente sus novelas, se traducían y editaban miles de ejemplares y la gran sociedad americana caía rendida a sus pies, en España sus compañeros de generación le negaban el pan y la sal, y las autoridades censuraban y prohibían sus obras. Negativa actitud que no cambió a lo largo de todo el siglo XX, con la sola y corta excepción de la II República. A tal extremo llego la negra envidia y los celos que el mismo día de su muerte preguntado Valle Inclán, contestó: "*Yo no he leído nunca a Blasco. Es más. Yo diría que no ha muerto, que es un reclamo para vender más libros. Creo que eso lo hacía bien*". Pío Baroja aprovecha para descalificar a Blasco como representante de la cultura mediterránea: "*No tenía nada de la meseta y mucho menos del Norte. Para los franceses Blasco era otro francés*".

La burguesía, los militares y el clero jamás perdonaron a Blasco sus duras acusaciones. Fue apartado de la mal llamada Generación del 98, cuando Blasco fue el único escritor que atacó y publicó contra la política colonial de ultramar. Tomó posesión de su primer escaño como diputado el 28 de abril de 1898, tres días después de que EE.UU. declarasen la guerra a España, que le obligó a hacer declaraciones que tuvo que defender en el campo de honor, ante militares ofendidos, salvando la vida en alguna ocasión por una simple hebilla que detuvo la mortal bala. Durante su período de diputado en 1898 recibió siete suplicatorios para procesarle por sus artículos contra la guerra y "La paz deshonrosa" y terminaba el año tras las rejas de la carcel de San Gregorio.

Podemos afirmar que, salvo Unamuno, en 1898 fue el único intelectual activamente comprometido, clamó en el desierto denunciando los males de la nación, la corrupta administración colonial, la injusticia de las cuotas y el embarque de pobres soldados a Cuba y Filipinas. Utilizó todo su ardor revolucionario ante la pasividad de políticos e intelectuales, mientras millares de mal equipados soldados españoles morían en las selvas de Camagüey y Cavite: "*Los teatros siempre llenos, la plaza de toros rebosantes de gente, y las músicas toca que toca la bendita marcha de Cádiz, y la escuadra sin saberse a punto fijo dónde está y qué hace: Las clases más altas indiferentes, risueñas y felices*", así describía la indiferencia nacional ante el desastre que sufría nuestra tropa.

¿Y dónde estaban sus compañeros del 98? Azorín publicaba en dicho año un breve folleto titulado *Pecuchet, demagogo*, y un florido artículo sobre Santa Teresa de Jesús. En 1913 desde las páginas del ABC acuñó el término Generación del 98, recordando a "*Un grupo de jóvenes que se dirigían por la calle de Alcalá. Vestían de negro, traje de luto; iban cubiertos con sombrero de copa... se encaminaban al cementerio donde estaba enterrado Larra*". Se le cayó Blasco de la sagrada nómina, el cual quedó descolocado para la posteridad. Ello a pesar de profesarle una pública admiración, aunque en algún caso pareciera lo contrario. Lo cierto es que por aquel tiempo Blasco Ibáñez estaba bastante ocupado en la Argentina, fundando colonias. El término del 98 tampoco agradó a los interesados. Pío Baroja afirmó: "*Yo no me creo que haya, ni haya habido una generación del 98: Si la hay yo no pertenezco a ella. En 1898 yo no había publicado apenas nada. Mi primer libro* Vidas sombrías, *apareció en el año 1900*", Valle Inclán, igualmente preguntado respondió "*¿Dónde queda eso?*" Estaba bien claro que se debía silenciar y apartar al único escritor que durante el año del desastre defendió valientemente su postura antimilitarista, ante la débil, cuando no inexistente oposición de los noventayochistas.

Ni su vida ni su obra, pujante, vitalista, tiene nada que ver con la llamada Generación del 98. Blasco se anticipó a denunciar lo que sus egregios coetá-

neos lloraron quince años después. Superó la caída del Imperio y saltó como una saeta hacia el Mediterráneo en busca de los Borja, Oriente y el Gran Kan, traduce a Diderot y Voltaire, mientras sus compañeros se repliegan sobre Castilla, escriben sobre Cervantes y buscan la ruta del Quijote. Cuando Blasco viaja al Japón, EE.UU., México, Egipto, Argentina o la India, sus detractores recorrían las sendas del Tomelloso. Dos mundos antagónicos, el germanófilo centralismo y la periferia liberal.

Blasco Ibáñez, como novelista, abordó todo el panorama literario, empezó con la novela valenciana (*Arroz y tartana, Flor de Mayo, La barraca, Entre naranjos y Cañas y barro*) para seguir con la novela social (*La catedral, El intruso, La horda y La bodega*), la novela sobre los toros y la tauromaquia (*Sangre y arena*), las novelas de guerra (*Los cuatro jinetes de la Apocalipsis* y *Mare Nostrum*), la psicológica (*La Maja desnuda, Los muertos mandan*), de viajes (*La vuelta al mundo de un novelista* y *Oriente*), cosmopolita (*Cuentos de la Costa Azul*), de aventuras (*El paraíso de las mujeres*), novelas históricas como *A los pies de Venus* o *El caballero de la Virgen*, entre más de cincuenta obras publicadas y cuya crítica literaria aún está por hacer, como denunciaba el profesor Alberto Sánchez, ya hace casi cincuenta años desde las páginas de la *Revista de Filologia Valenciana* (1951): "*Falta un estudio completo, rigurosamente sereno que nos delimite los valores estéticos de su obra. Lejos de pasiones y propagandas extraliterarias*".

Blasco jamás escribió de oídas, se documentaba sólidamente antes de acometer una novela, tanto en su bien nutrida biblioteca como viviendo *in situ* el ambiente a describir. Convivió seis meses con el famoso matador Antonio Fuentes, antes de escribir *Sangre y Arena*. Conoció los desastres de la guerra antes de acometer *Los cuatro jinetes*. Viajó a la Argentina para documentarse con destino a la monumental obra *Argentina y sus grandezas*. Visitaba diariamente el casino de Montecarlo para describir los jugadores en su *El fantasma de las alas de oro*. Estudió historia para escribir *El caballero de la Virgen* o *En busca del Gran Kan*, esta última siguiendo los estudios de su amigo, el catedrático de Salamanca, Francisco Maldonado. Malvivió durante un mes en una barraca de la Albufera para describirnos la realidad lacustre en *Cañas y Barro*. La ciudad de Jerez le dedica estos dias una calle principal por su novela *La bodega* en recuerdo de sus numerosos viajes a la capital andaluza y la veracidad de su relato que no gustó a los bodegueros de la época, que impidieron hace sesenta y cinco años que se rodara la película de los jornaleros jerezanos.

Contemporáneo de Joyce, Proust y Kafka, no se interesó por la literatura experimental ni le fue necesaria para darse a conocer, ganar dinero, reconocimiento y lo más importante para un escri-

El féretro de Vicente Blasco Ibáñez recorre las calles de Valencia.

tor, conseguir miles de ediciones en todas las lenguas del mundo civilizado. Fue acusado de "burgués de agitación" y de escritor "regionalista", pero lo cierto es que ningún otro escritor de la época fue tan conocido en el extranjero, ni fue más internacional que él, especialmente en EE.UU., país lejano, casi inexistente para sus compañeros de generación, donde su nombre fue aclamado y celebrado, otorgándole la Universidad de Washington, el doctorado Honoris Causa, después del éxito de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de la que la Editorial Dutton de Nueva York logró vender dos millones de ejemplares.

Como reconoce el profesor José Carlos Mainer, justamente Blasco con Benavente fueron de alguna manera los dos representantes internacionales de nuestra literatura, los únicos valores que conocían las universidades extranjeras de la época. El profesor Trapiello opina que "*no hay vida en toda nuestra literatura, si se exceptúa la de Cervantes, más rica en acontecimientos y peripecias que la de Blasco Ibáñez*".

También destaca Blasco como editor, realiza una loable y aún no superada labor de culturización popular. Además de fundar la Universidad Popular, las bibliotecas y escuelas en las sedes del partido republicano. En 1905 funda en Madrid la editorial La República de las Letras y en 1914 la Editorial Prometeo, que regenta su yerno Fernando Llorca, y comparte con Francisco Sempere, hasta la muerte de este último en 1923. Desde la editorial dirige un amplio abanico de colecciones que recogen desde los clásicos griegos, latinos, españoles y franceses, hasta los principales autores y novelistas del momento, que él mismo se encarga de prologar: Prapa, Gourmont, Jaloux, Bertrand, Pierre Louys, Marx, Kropotkin o Schopenhauer. Edita las obras completas de Voltaire, Jack London, Conan Doyle y Shakespeare, o la colección feminista de Carmen de Burgos (Colombine), que también fue su amante. Sus libros económicos, bien impresos y con artísticas portadas, eran adquiridos por un público económicamente débil, que luego se los cambiaban entre ellos, alcanzando tiradas de miles de ejemplares, que hoy nos parecen imposibles y mucho más en un tiempo en que la tasa de analfabetismo era elevada entre la clase baja y media. En ninguna casa de Valencia, por ignorantes y pobres que fueran, desde el tendero al ferroviario y el albañil, podía faltar uno o varios ejemplares de libros de la editorial Prometeo.

Los viajes llenan la biografía de Blasco como un rosario. Unas veces obligado por exilios y destierros, otro por sus ansias de aventura, conocimiento y placer, empezando por París, que conoce en su primer exilio y cuyas vivencias plasmará en su obra *París: impresiones de un emigrado* (1890), otro destierro le lleva a Italia, donde escribe *En el país del arte* (1896). *Oriente, Argentina y sus grandezas, El militarismo mejicano y Novelas de la Costa Azul*, son otras impresiones de viajes para terminar con la *Vuelta al mundo de un novelista,* que recoge las impresiones de su último viaje acompañado de su segunda esposa, Elena de Ortuzar, en el lujoso transatlántico "Franconia".

El tiempo me impide comentar su aventura colonizadora en la Argentina, que a corto plazo fue un descalabro económico para Blasco y muchas familias de agricultores valencianos, pero que pasado el tiempo dio su fruto y los descendientes de aquellos pioneros tanto en Cervantes como en Nueva Valencia actualmente viven de la producción masiva del arroz, del arroz cuyas primeras matas llevó Blasco a Corrientes y Río Negro, según nos han informado los intendentes de las mismas que en un caso han visitado Valencia y en otro estos mismos días celebran el cumpleaños de la fundación por el escritor valenciano, rotulando plazas, calles y bibliotecas con el nombre de Blasco Ibáñez.

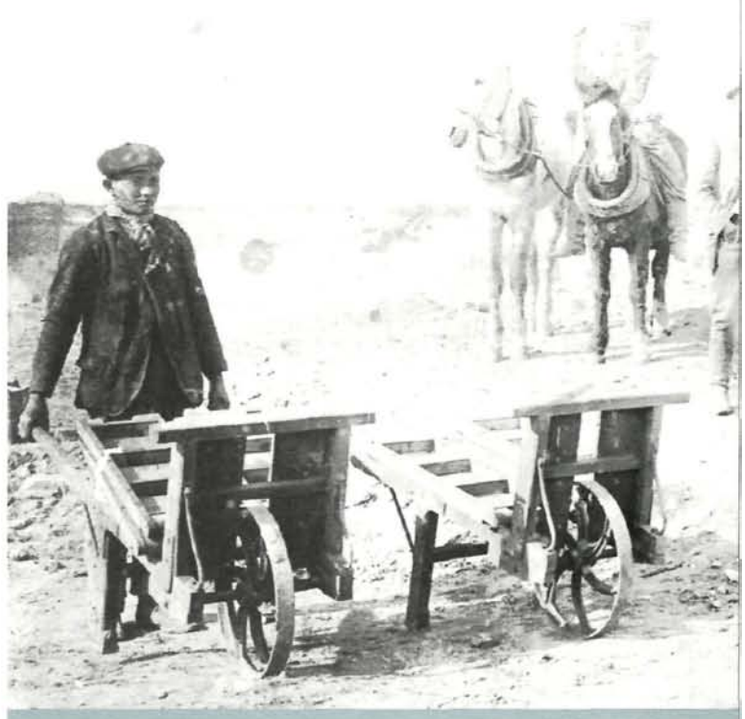
Quiero destacar y detenerme un momento en una faceta desconocida y tal vez la más importante por la intuición que una vez más demostró el escritor: el cine. Nuevo invento por el que se sintió atraído inmediatamente, después de conocerlo a través de su amigo D'Annunzio. Blasco fue productor de dos filmes, dirigió uno, escribió una docena de guiones originales para el medio y adaptó dos de sus propias novelas, para las principales compañías norteamericanas, francesas, españolas y mexicanas de la época. Hollywood cayó rendido a sus pies. *Sangre y arena* y *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* han sido interpretados por los principales artistas del momento, Rodolfo Valentino, Greta Garbo, Lionel Barrymore, Antonio Moreno, Tyrone Power, Glen Ford, Rita Hayworth o Sharon Stone, o los españoles Concha Piquer y Fernando Rey, *La bodega, Entre naranjos, Los enemigos de la mujer, La tierra de todos, Cañas y barro* fueron alguna de las películas que se filmaron, mientras Cantinflas rodaba la parodia *Ni sangre ni arena.* La afición de Blasco por el cinematógrafo le llevó

a construirse una sala de proyecciones en su palacete de Mentón, donde pasó la mayor parte de sus últimos días, disfrutando de las películas que le mandaban los principales estudios franceses y americanos. Sala que paradójicamente es la única que se conserva, junto con el jardín de los escritores, después del bombardeo que sufrió el chalet durante la II Guerra Mundial.

Periodista, político, editor, novelista, viajero, colonizador, múltiples facetas en las que si no fue el mejor en cada una de ellas, sí que destacó en todas como jamás lo había conseguido otro escritor español. Ganó y perdió fortunas. Triunfó y consiguió grandes amores y odios eternos. Arrastró masas y tuvo que salir a uña de caballo en diversas ocasiones. Alcanzó fama y reconocimiento internacional. Francia, EE.UU. y Argentina le tributaron honores de jefe de Estado. Sin duda su turbulenta vida sentimental influyó negativamente en su biografía. Como nos relata su biógrafo León Roca en *Los amores de Blasco Ibánez*, narra entre otros la relación amorosa con la actriz rusa Nadina Buliccioff, cuatro días antes de contraer matrimonio con doña María, su primera esposa, y que seguramente sirvió de modelo para la creación de Leonor en la novela *Entre naranjos*.

Fogoso, pasional y contradictorio en sus acciones, fue constante en la defensa de sus ideales democráticos que le acompañaron hasta el último día de su muerte, ocurrida un día antes de cumplir sesenta y un años. Josep Pla, en una de las mejores semblanzas que se han escrito sobre Blasco, afirma que en los últimos años de su vida: "*els únics moments de relaxació autèntica es produien quan trucava a la seva porta de Menton algun republicà de les terres valencianes. Llavors Blasco ho deixava tot, suspenia tota la seva vida diríem pública*". Fue un inconformista que vivió a contracorriente: pro-aliado, republicano, demócrata, masón y anticlerical en una España germanófila, monárquica, católica y fascista. Nunca contó con el apoyo de los poderosos a los que atacó despiadadamente. Durante cien años, la censura, la crítica destructiva y la marginación han calado profundamente en la sociedad, y a excepción de nostálgicos seguidores, su vida y su obra han pasado desapercibidas para las nuevas generaciones que no lo conocen porque no lo encontraron, ni estudiaron en los libros de texto, en ningún nivel educativo, que a lo sumo lo presentaban como un escritor folclorista de tercera categoría.

© Manuel Bas Carbonell



Vicente Blasco Ibáñez supervisando las obras de construcción de nueva Valencia en Argentina.